

DE VIOLETAS Y FANTASMAS

El rayo iluminó la puerta de madera blasonada y su fuerza desgajó una de las ramas del rododendro, que como hiedra pegajosa se adhería a la fachada norte del gigante.

Una fina lluvia, capa nebulosa de vapor invernal, comenzó a empapar la capa con la que se cubría. Inevitablemente, las gotas traspasaron la basta lana y mojaron la delgada túnica blanca que vestía. El blanco se tornó carmesí y la mancha de sangre, que antes parecía una pequeña mota sobre su vestido, se extendió por toda la túnica.

Se agarró con fuerza su abultada tripa. ¡Cómo le dolía! Y corrió a esconderse bajo el alero de la torre del homenaje, cuyas troneras actuaban de pétreo sombrero. Tenía frío, mucho frío... La humedad del río estaba perforando sus huesos y hasta la pequeña vida que llevaba en su vientre se revolvía inquieta y temblorosa.

Pronto llegarían a por ella. Sabía que la matarían. Ella portaba el pecado, la semilla que nunca debería crecer.

Pero ¿a quién pedir ayuda, si hacía ya dos semanas que los Semeno se habían apoderado del castillo y asesinado a los Urrea? Hacía días que ningún vigía hacía la guardia en el puente sobre el río de helechos. Cualquier atisbo de vida había desaparecido dentro de las ciclópeas piedras, que como un fantasma frío y gris, controlaba aquella vega plagada de viñedos y huertas.

Los aldeanos que dependían de los Urrea habían huido o se habían aliado con los Semeno, más por miedo a ser ajusticiados que por simpatía o devoción.

Desde hacía tres años, la muerte convivía como inexorable compañera con los habitantes de este hermoso lugar, cercano a la desembocadura del río Beratza, a cusa de las cruentas guerras banderizas.

Garoa era la única superviviente de aquella masacre, la portadora de la última gota de sangre Urrea, del heredero del condado y de todas sus propiedades. Llevaba dos semanas escondida en kortas y caseríos abandonados, la mayoría de ellos con heridas de fuego.

Pero su agotamiento y, sobre todo, la hemorragia que no cesaba y que la lluvia teñía de granate muerte la habían obligado a regresar al castillo. Debía intentar encontrar aquellos visados que eran su salvoconducto. Si no recordaba mal, estaban ocultos en una de las losas móviles que coronaban la chimenea del refectorio.

Si no lo conseguía, siempre le quedaba morir allí en su morada, donde había visto morir a Kelmen y donde la espada que seccionó la garganta de su amada acabó con todo el futuro que ella había construido alrededor de su castillo.

Oyó unos aullidos provenientes de las mazmorras de la torre este. Era el fantasma de aquel bardo, ladrón y maleante que su bisabuelo, el conde Mendot Urrea, había mandado ajusticiar hacía ya cien años. De pequeña siempre le había asustado mucho esa historia y procuraba no acercarse mucho a la zona de los calabozos, pero en estos momentos le hizo enormemente feliz encontrar una voz amiga. Se acercó a la torre que tanto había evitado en su infancia y se asomó por uno de los saeteros que le llegaban a la altura de los ojos. Frío y oscuridad. Olor a bosta.

Una mano callosa y maloliente le tapó la boca y un cuerpo fuerte y sucio la estampó contra el muro. La figura de un hombre raquítico con un laúd en las manos y con los ojos negros fue lo último que pudo ver antes de perder la consciencia para siempre.

Unos arratianos, que cansados de arar el campo se habían alistado en el ejército de los Semeno, encontraron el cadáver de la joven sujetándose un vientre palpitante del que quería escapar una criatura viva, entre los afluentes de un riachuelo de sangre roja como el carmín.

Pasados unos meses, el castillo recuperó su luz y la vida. Los Semeno se acomodaron y dieron esplendor a una corte de aldeanos y hombres de campo. En el lugar donde apareció el cadáver de Garoa nació un árbol fuerte y perenne eternamente rodeado de violetas.

Hoy en día, las ramas todavía luchan por entrar por las troneras de la torre este, pero se retraen cuando sienten el frío y la oscuridad. Olor a bosta.

Son muchos los fantasmas que actualmente habitan el castillo y muchas las leyendas que transcurren por el lento fluir del Beratza y que acompañan mis noches de pesadillas.